

tenacidad del Austria (1), al paso que Panin estaba convencido de que la culpa estaba principalmente en Orloff, como puede verse por la carta del ministro á Obrjeskoff (2). Que los rusos creyeron que no se romperían las negociaciones, lo demuestran los esfuerzos que hicieron para convocar un nuevo Congreso, negociaciones que durante el otoño se reanudaron en Bucharest, siendo Obrjeskoff el único representante de los intereses rusos, pues Orloff había regresado á la capital septentrional.

Catalina mandó que no se mostrara demasiada condescendencia: «Si no podemos pedir, escribía, la independencia de los tártaros, la libre navegacion por el mar Negro y la posesion de dos plazas fuertes en el estrecho que separa el mar de Azoff del mar Negro, nada habremos conseguido á pesar de nuestras victorias: yo soy la primera en declarar que esa paz seria tan ignominiosa como las del Pruth (1711) y Belgrado (1739) (3).»

La situacion era en extremo difícil: la peste dieztaba el ejército ruso; la conducta de Suecia era amenazadora desde el golpe de Estado llevado á cabo por Gustavo III, habiendo sido preciso ordenar á Rumjanzoff, con gran sorpresa de este, que enviara una parte de sus tropas al Norte para defender las fronteras contra los ataques de los suecos.

El Congreso de Bucharest no produjo resultado alguno: la paz fracasó á causa de las exigencias de Rusia que pedía que los turcos evacuaran á Kertsch y Jenikale. El Reis-Effendi decía á Segelin: «De Kertsch y de Jenikale depende el bien ó el mal de la monarquía turca. En breve, se presentaría en el mar Negro una escuadra rusa que dictaría leyes á la capital del imperio otomano.» «Daros á Kertsch y Jenikale, equivale á hacernos dependientes de vosotros,» decía el Reis-Effendi á Obrjeskoff (4).

Rusia tuvo, pues, que hacer nuevos esfuerzos; decretáronse otros alistamientos de tropas (5); todos los generales recibieron la orden de reanudar con la mayor energía las operaciones (6); y la emperatriz explicó, en una Memoria, las medidas que debían adoptarse para hacer menos pesadas al pueblo las cargas de la guerra (7).

Rumjanzoff recibió la orden de pasar el Danubio. El éxito no se hizo esperar: Ssuworoff se posesionó de Turtukai; Weissmann venció á los turcos en Karassu, y Rumjanzoff pasó el Danubio, derrotó á los turcos y se presentó delante de los muros de Silistria. Al poco tiempo los rusos ganaron también la batalla de Kutschuk Kainardsche; y Catalina, rebotando de júbilo, escribió á Voltaire, diciéndole que aquella vez era de esperar que se firmaría en breve una paz ventajosa.

Rumjanzoff, sin embargo, no solo no pudo apoderarse de Silistria, sino que se vió obligado á retroceder hasta la orilla izquierda del Danubio, resolucion cuyos motivos explicó en una expresiva carta dirigida á la emperatriz. La tranquilidad con que Catalina recibió esta noticia; el tacto con que supo apreciar los servicios de aquel general, y el hecho de escribir una generosa carta á Rumjanzoff, á despecho de las intrigas tramadas por los enemigos de este, demuestran el gran conocimiento de los hombres que Catalina tenía y el

(1) Véase su carta á Orloff: *Ilustracion de la Sociedad histórica*, I, 90.

(2) Ssolowieff, XXVIII, 342.

(3) Ssolowieff, XXVIII, 343. Acerca de si Catalina sabia ó no que el objeto de los planes de Orloff era un golpe de mano contra Constantinopla, véase Bernhardt (*Miscelánea*, I, 103) que da interesantes detalles acerca del viaje secreto del emisario Knorring.

(4) Ssolowieff, XXIX, 5-8.

(5) Jauffret, I, 458.

(6) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 313-315.

(7) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 354.

objetivismo que en ella dominaba (8). En una carta posterior dirigida á Voltaire, en la cual le participaba la retirada al Danubio, trató en tono de broma de la retirada de Rumjanzoff diciendo que era preciso consolarse (9). Pero los embajadores extranjeros pudieron observar que la emperatriz, persuadida como estaba de que todos sus planes habían de conducir á brillantes resultados, sufrió con dolor aquel fracaso. Sin embargo, mientras todos los hombres de Estado que la rodeaban, tales como Panin, Chernyscheff, etc., la aconsejaban, contra el parecer de Orloff, que cediera en sus pretensiones, ella siguió aferrada á su idea de obligar á los turcos, por medio de nuevos triunfos, á firmar una paz ventajosa para Rusia.

Habia formado una lista de todas las victorias conseguidas por los rusos desde principios de 1768 hasta fines de 1771; trabajo que prueba los esfuerzos que hacia para demostrar la gloria de las tres campañas (10). Toda mirada retrospectiva al curso brillante de la guerra debía fortalecer los deseos de una paz verdaderamente ventajosa; y por eso á la emperatriz le costaba mucho desistir de las exigencias que habia formulado.

Favorable en extremo fué á los rusos el hecho de que Segelin trabajara con gran celo en Constantinopla en pro de la paz. La Puerta estaba aniquilada; entre sus tropas ocurrían motines que solo con grandes esfuerzos podían ser dominados (11), y estas causas contribuyeron á que se fuera acostumbrando á la idea de la independencia de los tártaros. En cuanto á la segregacion de Kertsch y de Jenikale, no quiso ceder un punto (12). Segelin puso en conocimiento de la corte de San Petersburgo que la Puerta consentiría en ceder, en vez de Kertsch y de Jenikale, la fortaleza de Kinburn, en las cercanías de Otschakoff; propuesta que discutida en el Consejo del Imperio fué considerada aceptable, porque la situacion de la fortaleza cuya posesion se ofrecía presentaba grandes ventajas. Unicamente Orloff se mostró descontento y opinó que debía exigirse además la posesion de Otschakoff y de las estepas vecinas. Por su parte Catalina creyó poder exigir además de Kinburn, á Otschakoff. Por lo demás el Consejo del Imperio acordó que en todo caso debería tratarse directamente con la Puerta y que no se consentiría que las cortes francesa y austriaca intervinieran en el asunto.

Las operaciones militares proseguían entre tanto con varias alternativas. Rumjanzoff se encontraba en la situacion que hemos visto, y la escuadra procuraba, en el Sur, molestar á los turcos, especialmente en las costas sirias, sin obtener resultado alguno satisfactorio. La escuadra no tenía bastantes tropas de desembarque, y por lo mismo no pudo salir con bien de ninguna empresa.

A pesar de que la guerra continuaba prolongándose, eran rechazadas enérgicamente todas las tentativas de los franceses para mediar entre Rusia y los turcos (13). En estas circunstancias murió el sultan Mustafá, y en Rusia se creyó que el advenimiento del nuevo sultan Abdul-Hamid al trono seria en Turquía causa de graves desórdenes, por lo cual la emperatriz volvió á ordenar á Rumjanzoff procediera con la

(8) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 349.

(9) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 359.

(10) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 150-158. Mas adelante, se continuó esta lista de acontecimientos de la guerra turca, siendo insertada en el Calendario de 1776.

(11) Véase el trabajo de Knorring sobre la ejecucion de los rebeldes en el campamento del gran visir, en la *Miscelánea* de Bernhardt, I, 113-114.

(12) Linkeisen: *Historia del Imperio otomano*, VI, 77.

(13) Véase la escena con Diderot, en Ssolowieff, XXIX, 77.

mayor energía. Mientras esto sucedía, Rusia tuvo que atender á otro grave suceso, que fué la rebelion de Pugatscheff, y entonces se disminuyeron sus exigencias. El Consejo del Imperio acordó, en marzo de 1774, desistir de la pretension relativa á la cesion de Kertsch y de Jenikale y contentarse con Kinburn y con el derecho de la libre navegacion mercantil por el mar Negro.

En definitiva, los rusos consiguieron algunas victorias. Kamensky fué vencedor en Kosludsch y se dirigió contra Schumla: Ssaltykoff puso cerco á Ruschuk y Rumjanzoff á Silistria, y Savorowski se preparaba á pasar los Balkanes y á amenazar la capital turca.

La paz se firmó en 10 de julio, en el campamento de Kutschuk-Kainardsche, bajo las siguientes condiciones: los tártaros serían independientes; Kertsch, Jenikale, Kinburn y toda la estepa entre el Bug y el Dnieper pasarían á poder de los rusos, los cuales debían adquirir despues el derecho de libre navegacion del mar Negro para el comercio y 4 millones y medio de rublos como indemnizacion de guerra; Azoff, las dos Kabardas y los valles del Kuban y de Terek serían rusos.

Una de las consecuencias mas trascendentales fué la condicion impuesta por Rusia de que Moldavia y Valaquia podrían admitir y ejercer el culto cristiano, de que solo se les impondrían tributos moderados y de que serían tratadas benignamente: Rusia exigió también el derecho de interceder, en caso necesario, en favor de aquellos Principados por medio de sus embajadores en Constantinopla y asimismo el de intervenir en las cuestiones interiores de la Puerta, derecho del cual hizo posteriormente un uso desmedido (1).

En las fiestas que celebró la corte de Rusia en conmemoracion del resultado obtenido, creyó Catalina observar que solo los embajadores inglés y danés manifestaron verdadera alegría, al paso que el prusiano y el austriaco, segun escribió la emperatriz á Stackelberg, se mostraron muy poco contentos (2). Ya sabemos que Kaunitz estaba muy poco satisfecho de las favorables condiciones de paz que Rusia habia conseguido (3). El embajador ruso Bariatinsky escribia desde Francia: «Es increíble la indignacion que aquí ha

producido nuestro triunfo. Los polacos aquí residentes están desconsolados, etc.» En idéntico tono se expresaba el embajador ruso Stachieff, hablando de la impresion que la noticia de la paz habia producido en Estocolmo (4).

Quando en la noche del día en que se recibió en San Petersburgo la noticia de la paz se sentó la emperatriz á la mesa de juego con los embajadores inglés y danés, díjoles que en ocasion tan memorable no queria ver á su alrededor mas que rostros alegres, expresion que el embajador inglés interpretó en el sentido de que Catalina dudaba de la alegría de los representantes de Francia, Austria y Prusia (5). En su conversacion con el inspector de aduanas Dahl, manifestó Catalina que jamás habia podido esperarse una paz tan ventajosa y que se alegraba tanto mas de ella, cuanto que se habia firmado sin intervencion de nadie, debiéndose únicamente á ella, á la emperatriz (6). También expresó su satisfaccion en varias cartas autógrafas dirigidas á Rumjanzoff, Grimm, Voltaire y otros (7). Los generales y diplomáticos fueron pródigamente recompensados, y al año siguiente celebróse una espléndida fiesta en Moscou, en conmemoracion de la paz (8).

Rusia necesitaba en efecto la paz, porque la guerra habia exigido grandes sacrificios en hombres y en dinero; y los altos funcionarios administrativos, como J. J. Sievers, apreciaron la terminacion de las hostilidades como una bendicion, porque habian visto los sacrificios que el pueblo habia tenido que hacer durante los últimos años (9). La paz hubo de parecer tanto mas oportuna cuanto que, gracias á ella, podia disponerse de mas recursos para sofocar la rebelion de Pugatscheff. El aumento de importancia que habia adquirido Rusia habia sido comprado á elevado precio por medio de la guerra; y sin embargo la paz no ofrecía mas que una solucion provisional, pues la cuestion de Oriente quedaba sin resolver; de suerte que durante el mismo reinado de Catalina hubo una nueva lucha entre Rusia y Turquía, en la cual la Rusia tenía que completar la tarea importante que en la anterior habia comenzado. La independencia del Estado tártaro no habia sido en efecto mas que un medio de agregar con el tiempo la Crimea al imperio ruso.

CAPITULO V

RELACIONES CON PRUSIA Y AUSTRIA

La guerra de sucesion bávara.—Intervencion decisiva de Catalina.—Influencia de Rusia.—Catalina, María Teresa y José.—Mohileff.—José en San Petersburgo.—El príncipe Federico Guillermo

Las fuerzas de un Estado y su desarrollo dependen principalmente de sus relaciones con los Estados vecinos. La rivalidad entre Polonia y Suecia salvó en el siglo XVII la existencia del imperio moscovita, que estaba por ambos amenazado, así como la enemistad entre Austria y Prusia, en el siglo XVIII, contribuyó en alto grado á aumentar la importancia de Rusia. Catalina, mas hábil que sus antecesores, supo aprovecharse de estos antagonismos para ir extendiendo su poder. Durante mucho tiempo no fué posible un acuerdo entre las dos grandes potencias alemanas, acuerdo que hu-

biera puesto límite á los planes de conquista y al afán de poder de Catalina. Esta comprendió cuán reducida quedaria la influencia rusa si se aproximaban y se unían el Austria y la Prusia; y en cambio, observó lo provechosa que durante

(4) Ssolowieff, XXIX, 115-116.

(5) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIX, 428.

(6) *Russkaja Starina*, XVII, 13.

(7) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIII, 428, 435, 443.

(8) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIII, 29. XXVII, 42, 48, 93. Bolotoff: pág. 531.

(9) El gobierno solo de Nowgorod habia tenido que aprontar cincuenta mil hombres, á pesar de no ser el gobierno que mas poblacion tenía. Véase Blum, II, 43. Acerca de los colosales sacrificios en dinero que exigió la guerra turca, véase la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVIII, 184.

(1) Véanse algunas observaciones sobre los artículos referentes, en Bernhardt, *Historia de Rusia*, II, 2, 263-264. Véase también Jauffret, I, 466-472.

(2) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, I, 100.

(3) Ssolowieff, XXIX, 114.

muchas décadas había sido para Rusia la rivalidad entre Federico II y José II. Por desgracia para Polonia, Rusia hizo alianza con Prusia; y después Catalina, para conseguir los fines que en Oriente se proponía, procuró captarse la amistad de José II. Catalina se había cuidado tan poco del conflicto que con el Austria podría traerle su alianza con Federico II como se cuidó después de que este hiciera un *casus belli* de la alianza austro-rusa. Comprendía que su aproximación ora á uno, ora á otro Estado, podía dar por resultado grandes é importantes ventajas para Rusia.

Al comenzar su reinado, declaró Catalina en una carta dirigida al conde Keyserlingk, que deseaba estar bien con todas las potencias, para poder socorrer á los mas oprimidos y representar el papel de árbitro de Europa (1). Manifestó además que procuraría mantener en Alemania cierto equilibrio de fuerzas y mostrarse lo mas imparcial posible. Los contemporáneos comprendieron que lo que quería era conseguir fuerza é influencia; y el diplomático sajón, Essen, que observaba atentamente la conducta de Catalina en Polonia, hacía notar que cuanto allí acontecía no le parecía sino la preparación de los medios por los cuales la emperatriz esperaba lograr un fin mas remoto, cual era aumentar su consideración é influencia en Alemania (2). El mismo diplomático escribía en 1765, desde San Petersburgo, que Rusia no aceptaría alianza alguna en que apareciese como potencia auxiliar; que la emperatriz creía conveniente vivir en buena inteligencia con Prusia, con la cual no pensaba enemistarse por consideración al Austria; que quería conservar siempre la preponderancia en las cuestiones del Norte, etc. (3).

La desmembración de Polonia y la paz de Kutschuk-Kainardsche contribuyeron poderosamente á crear una situación importante en Europa á favor de Catalina, cuyas opiniones y propósitos no podían menos de ser tomados en consideración así en Viena como en Berlín. El respeto con que Federico la trataba en sus cartas significaba mas que vana palabrería y menos que verdadera amistad y afecto; y era notable el valor que daba á cualquiera muestra de benevolencia de la emperatriz. El rey de Prusia le manifestaba en el lenguaje mas expresivo, su deseo de una felicísima terminación de la guerra turca (4), y aun en las cartas que escribió después de hecha la paz recordó con gusto el triunfo de las armas rusas y ensalzó la fama de Catalina.

Con ocasión del viaje que el gran duque Pablo hizo á Berlín, en 1776, para avistarse con su prometida, la princesa de Wurtemberg, hizo el rey cuanto pudo para honrar espléndidamente al hijo de su aliada y para colmarle de toda clase de distinciones (5), alabándose de haber realizado aquel matrimonio. En todas ocasiones, como por ejemplo cuando Catalina procuró llevar á cabo las radicales reformas administrativas, se deshacía en alabanzas y muestras de gratitud hacia ella. Al obrar así, Federico pensaba que podría fácilmente presentarse una ocasión en que pudiera serle de la mayor utilidad la alianza de Rusia renovada en 1777. Así sucedió al estallar la guerra de sucesión bávara.

La guerra de sucesión bávara

Sabido es que, al extinguirse, por la muerte del elector Maximiliano José de Baviera (30 de diciembre de 1777), la

(1) *Je vous dirai tout net* que mon but est d'être lié d'amitié avec toutes les puissances et même jusqu'à la défensive afin de pouvoir toujours me ranger du côté du plus opprimé et être par là l'Arbitre de l'Europe. Ssolowieff, XXV, apéndice, pág. 361.

(2) Hermann, V, 425.

(3) Hermann, V, 572.

(4) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 346-347.

(5) Preuss. IV, 55. Harris I, 147-152. Véase la carta de Federico á Catalina en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 357, 360.

línea electoral bávara, el Austria adujo algunas pretensiones que tenían por objeto extender sus territorios, violando así el derecho comun del Imperio y vulnerando los intereses de muchas familias de príncipes. Federico II, en aquella ocasión, representaba la integridad de la Constitución del Imperio, y creía poder resistir fácilmente los ataques de José II, no queriendo tolerar, según decía, que los austriacos introdujesen, en vez del régimen hasta entonces existente, un gobierno absoluto é ilimitado, y sosteniendo que era preferible una guerra permanente á una paz en tales condiciones conseguida (6).

El Austria y la Prusia se encontraban nuevamente en lucha. Durante la guerra de siete años, hubiera sido de gran importancia el hecho de que Rusia se pusiera de parte de una ó de otra de las dos potencias beligerantes. Una ocasión análoga de hacer valer la preponderancia de la política rusa se presentó en 1778, y Catalina supo aprovecharla.

La emperatriz no se sentía inclinada á defender incondicionalmente los intereses de Prusia, antes bien quería conservar una completa libertad de acción. El embajador sajón, baron de Sacken, decía, en 5 de julio de 1776, desde San Petersburgo: «A esta corte le conviene que la de Berlín se resuelva á proceder enérgicamente para hacer respetar los derechos y privilegios de su reino y de los demás príncipes alemanes en el Sacro Romano Imperio, y á combatir con razón y viveza los fundamentos arbitrarios del ministerio imperial; gustaría, sin embargo, mas que el rey de Prusia no fuese el unico que tomara la iniciativa en esta cuestión. La emperatriz no tiene en ella mas interés que el de conservar la fama adquirida y el de proteger la justicia y las constituciones del Imperio. Lo que en su tiempo fueron en Alemania Luis XIV y su sucesor, puede serlo ahora Rusia. Este papel es de alta importancia y la halaga en extremo (7).»

Cuanto menos podía pensar la Francia del tiempo de Luis XVI en conservar aquella imponente y antigua situación, que antes había ocupado, tanto mas podía aspirar la emperatriz, con motivo de la guerra de sucesión bávara, al papel tan deseado de árbitra de Europa.

Durante los primeros días del año 1778, habló también Federico II con el embajador ruso Dolgoruky de la posibilidad de que se suscitara la cuestión bávara, á consecuencia de la reciente muerte del elector, y le dijo que en aquel verdadero caos intervendría en pro de los derechos de Sajonia, dando al propio tiempo á entender que la corte de Viena estaba decidida á promover una guerra entre Rusia y la Puerta (8).

Federico, en aquel momento, estaba descontento de la corte de Viena, y consideraba de importancia suma evitar un rompimiento entre Rusia y la Puerta, para que no se distrajesen en otro objeto las fuerzas rusas, con las cuales creía poder contar en el caso de que estallara un conflicto entre él y el Austria. En sus cartas á Solms, quejándose amargamente de la ambición del Austria, y manifestaba ardientes deseos de que no se turbara la paz en Oriente. «En tal caso, decía, puedo pedir el auxilio de la emperatriz y solicitar de ella que sea mediadora en esta cuestión, de la cual depende la salvación de todo el imperio alemán. Este sería el papel mas importante que podría desempeñar la emperatriz y creo que S. M. no lo tendría por despreciable y que me estaría agradecida por haberle proporcionado la ocasión de desempeñarlo (9).»

Catalina, en efecto, abrigaba la idea de intervenir en Ale-

(6) Ranke, «Obras», XXXI, 19.

(7) Hermann, VI, 6.

(8) Ssolowieff, XXIX, 258-259.

(9) Ssolowieff, XXIX, 259-260.

mania; así, en 2 de febrero de 1778, escribía al baron Grimm en tono alegre: «En lo que á la cuestión de la sucesión de Baviera se refiere, vos sois el único hombre que puede resolverla: el cielo os ha dotado de un carácter conciliador, y estais en condiciones para digerir el mas espeso puré diplomático (1).»

Solms entró en negociaciones con Panin, pero Catalina observaba una conducta expectante. Panin decía que á la corte rusa no le disgustaría, cuando se ofreciera el caso, proteger con sus ejércitos al rey de Prusia; que con ello se ofrecería una excelente ocasión de humillar á la corte de Viena y de aumentar la importancia del nombre de Rusia en Alemania; pero que en el estado en que se encontraba la cuestión oriental, dada la actitud amenazadora de Suecia y la indecisión de Francia, no podía la Rusia ofrecer por el momento al rey su auxilio armado. Algunos días después llegaron á Berlín mejores noticias, pues en 4 de febrero escribía el rey al príncipe Enrique: «A la sola noticia de la muerte del elector de Baviera la corte de Rusia se ha brindado espontáneamente á protegerme en todo, protección que sería mucho mas apreciable si continuara la paz con los turcos (2).»

El elector de Sajonia se dirigió á Catalina; y á su carta unió el rey Federico otra en que se exhalaban las mas amargas quejas contra Viena. En ella se decía: «Todo el reino clama contra la injusticia de esa conducta despótica, que pretende romper los pactos de familia, violar los tratados, anular las capitulaciones electorales del imperio, y que lo conseguirá si no se pone coto á ese completo olvido de los deberes y á esas pretensiones despóticas de la corte imperial. Sé que todavía V. M. no está completamente enterada de los designios de la corte otomana, y he dado hartas pruebas de mi celo por los intereses de V. M. para que pueda sospecharse que yo quiera distraer á V. M. de la defensa de sus propios Estados y dirigir á otros puntos sus fuerzas. No, bondadosa señora; si los ejércitos rusos tuviesen que abatir de nuevo la insolencia de los turcos, yo sería el primero en aconsejar á V. M. que dedicara á ello todos sus esfuerzos. Pero no siendo de temer tal contingencia, toda la Alemania espera conmigo confiada que V. I. M., en medio de las alabanzas que su nueva patria le prodiga, se acordará de que todo el imperio alemán se honra con que V. M. haya nacido en este suelo (3).»

Segun parece, Catalina no dió contestación á esta carta. El conde Podewils fué á San Petersburgo para felicitar á la emperatriz por el nacimiento del gran duque Alejandro, y Catalina se limitó á contestar con frases generales á la felicitación del rey; solo en una lacónica carta de 18 de abril tocó ligeramente la cuestión bávara, manifestando la esperanza de que se mantendría la paz (4).

El rey Federico se impacientó; y en 10 de abril escribió á Solms, diciéndole que si Rusia se contentaba con solo hacer algunas observaciones á los austriacos, no obtendrían resultado alguno, y que dejaba á juicio de la corte rusa el decidir si le convenía ver sojuzgados á los príncipes alemanes ó tomar parte en una guerra de tanta importancia.

Panin había manifestado deseos de que los Estados del imperio alemán se dirigieran colectivamente á Rusia y á

Francia en demanda de auxilio. Federico contestó que esto era formalmente imposible; que nunca se conseguiría tal unión; que el Austria con su conducta amenazaba destruir el equilibrio de Alemania y de Europa, y que Rusia debía, por lo menos, hacer una demostración formal desde Galitzia (5).

Federico excitó á los príncipes de Sajonia, Mecklenburgo y Dos Puentes á que solicitaran el auxilio de Rusia, y escribió á Solms diciéndole que Rusia, en vez de gastar sus tropas y su dinero en la insignificante cuestión del khanato tártaro, debía representar un papel mas propio de la posición que ocupaba y de la grandeza de su monarquía, acudiendo á la defensa de las amenazadas libertades del imperio alemán (6).

Entre tanto, Federico, que tenía hechos ya todos los preparativos, salió de Berlín, dispuesto á comenzar la campaña, y desde Schönwäldte escribió á Catalina (20 de abril), extendiéndose en nuevas quejas contra la corte de Viena y pintándole la situación en que se encontraba, sin por esto excitar expresamente á la emperatriz á que tomara parte en la guerra (7). Al mismo tiempo, decía al príncipe Enrique: «La emperatriz no acaba nunca de decidirse por la paz ó por la guerra contra los turcos; y se dice que en Rusia se deja que las cosas sigan el camino que Dios quiera.» Panin aconsejaba que se aplazara el rompimiento hasta tanto que fuese un hecho seguro la conservación de la paz de Rusia con Turquía (8).

Federico, sin embargo, no cejó en su empeño, haciendo observar á la corte de Rusia cuán fácil era promover una sublevación en Galitzia y poner con ella término á las bravatas del Austria. Decía que en aquella comarca no había ejército alguno; que en Hungría había muchos griegos que abrazarían la causa de Rusia; prometía, por su parte, llevar á cabo, en Alemania, una unión por el estilo de la Liga de Esmalkalde, y llamaba también la atención sobre la ambición del Austria, de la cual se sabía positivamente que quería anexionarse la Bosnia, el territorio veneciano, la Moldavia y la Valaquia, etc. (9). Solms, en su carta á Panin, le recordaba la expresión vulgar de que quien da pronto, da dos veces (10).

Ya se comprenderá que á Catalina le convenía mas hacerse solicitar que abrazar desde luego el partido de Prusia; además de que no le era muy fácil á la corte de Rusia informarse exactamente de la cuestión: «¿Quién tiene razón? ¿Quién falta á la verdad? escribía, en agosto de 1778, á Grimm; resolved esta cuestión lo mas pronto posible.» A principios de noviembre y refiriéndose á la Memoria que le presentó Grimm de las sumas á propuesta suya gastadas, decía la emperatriz en broma: «¡Por cierto que no se puede explicar con mayor claridad y precisión la cuestión de la sucesión bávara!!!!» y hacía notar que el número de puntos de admiración correspondía á la importancia del asunto. Añadía, además, que aquello era una especie de sainete, algo como el «Barbero de Sevilla», en el cual se engañaba á Don Bartolo. ¿Quién representará en el gran drama el papel de Don Bartolo (11)? concluía preguntando.

La corte de Viena mostraba también grandes consideraciones hacia Catalina; así, por ejemplo, Kaunitz procuraba influir en Constantinopla en pro de la conservación de la paz, y trataba con mucho miramiento á Colizyn. José II

(5) Ssolowieff, XXIX, 260-261.

(6) Reimann, obra citada, pág. 67.

(7) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 374-376.

(8) Reimann, pág. 94.

(9) Ssolowieff, XXIX, 261-262.

(10) Ssolowieff, XXIX, 263.

(11) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 97, 109.

(1) *Ilustración de la Sociedad histórica*, era «capable de digerir los soupes au pois les plus épaisses». Con esta última expresión quiere designar los artificios diplomáticos.

(2) Reimann. *Historia de la guerra de sucesión bávara*. Leipzig, 1869, pág. 36.

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 370-372. Reimann, obra citada, pág. 38-39.

(4) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 373-374.